

UNA HISTORIA DE CONCESIONES, ADHESIONES
Y COMPLACENCIAS CON EL SEPARATISMO QUE
NI EL PROPIO PUJOL HABRÍA DISEÑADO MEJOR



PSC: HISTORIA DE UNA TRAICIÓN

LA GRAN ESTAFA A LOS
VOTANTES DE IZQUIERDAS



MIQUEL GIMÉNEZ

DEUSTO

PSC: Historia de una traición

La gran estafa a los votantes de izquierdas

MIQUEL GIMÉNEZ



EDICIONES DEUSTO

© Miquel Giménez, 2020

© Editorial Planeta, S.A., 2020

© de esta edición: Centro de Libros PAPP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3136-6

Depósito legal: B. 1924-2020

Primera edición: marzo de 2020

Preimpresión: gama sl

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción	9
1. Mis inicios en el PSC	15
2. Las tripas del PSC	39
3. El PSOE contamina al buen militante del PSC..	57
4. ¿Formación socialista o nacionalista?	73
5. El Congreso de Sitges	89
6. Lili Marlén	105
7. Maragall o el pujolismo 2.0	119
8. Maragall, Molt Honorable President	135
9. Y entonces llegó Montilla	151
10. Pedro, por Dios, líbranos de Rajoy	167
11. El día que ganó Ciudadanos	185
12. La operación Valls	203
13. ¿Y ahora qué?	219
Agradecimientos	237

Mis inicios en el PSC

Si nos remontamos a finales de la década de los años setenta e inicios de los ochenta del siglo pasado, veremos que la lucha por la hegemonía en el seno del incipiente PSC fue terrible, fratricida. Lo que se vendió a la militancia como un éxito sin precedentes en la historia de la izquierda en Cataluña, o sea, el congreso de reunificación en el que se amalgamaron, que no fusionaron, las dos grandes corrientes históricas del socialismo catalán, la obrerista de tradición más radicalmente de izquierdas y la catalanista, seguidora de personajes como Serra i Moret, Rafael Campalans e incluso las tesis del comunista Comorera, no fue más que una obra de teatro en la que los segundos acabaron haciéndose con las riendas del partido. Ya la mera formulación como partido distinto al PSOE —fraternal, dijeron con un cinismo que sería marca de la casa a lo largo de los años— y, por tanto, con una personalidad propia ajena al conjunto de la formación social-

demócrata nacional, encubría el mismo deseo de singularidad que alimentaba el motor nacionalseparatista de Pujol y sus satélites.

Empleando la misma metodología y sustrato ideológico que el monstruo convergente, que justo por aquel entonces había empezado a cobrar forma en el inconsciente colectivo catalán, los dirigentes del PSC que integraba a la antigua Federación Catalana del PSOE, el PSC-Congrés, el PSC-Reagrupament y a colectivos tan anacrónicos como los restos del POUM guerracivilista, consideraban, en su mayor parte, al PSOE como un mal menor al que había que tolerar porque de ahí salían, básicamente, las pesetas que precisaban para sufragar al partido en tierras catalanas. Ahora bien, no hay mayor desprecio que el que se experimenta contra quien nos alimenta, como escribe Camilo José Cela en su colosal obra *La colmena*, transcribiendo una coplilla que canta un chiquillo gitano que pordioseca por la calle y que dice «Esgraciaíto quien come de la manita ajena, siempre mirando la cara si la ponen mala o buena».

Que destacados dirigentes provenientes del PSOE o la UGT, aún no sometida al yugo nacionalista como sucedería con el advenimiento de Pepe Álvarez a la secretaría general de la central sindical en Cataluña de la mano de su amigo y protector Miquel Iceta, como Carlos Cigarrán, Josep Maria Triginer, Gil Pachón o muchos otros que pronto desaparecieron de la escena política ocuparan en los primeros momentos, al menos formalmente, cargos destacados no fue óbice para que el plan de «catalanización» subyugada a las tesis nacionalistas se llevase a cabo sin la menor dilación. A excepción hecha de algunos al-

caldes como el de Hospitalet, Juan Ignacio Pujana, al que se toleró a regañadientes por sus excepcionales resultados hasta que se le acabó por desterrar del todo aprovechando un asunto de corrupción que hoy pasaría totalmente desapercibido por su escasa entidad, todos los que simpatizaban con el partido de Felipe González fueron marginados, perseguidos, suprimidos políticamente en relativamente poco tiempo. A Pujana tuve ocasión de decírselo en persona: «Un alcalde del PSC que tiene en su despacho el retrato de Pablo Iglesias está condenado a terminar mal». Se rio, pero desgraciadamente su fin estaba cantado. También hablaremos de eso en estas páginas, porque el asunto tuvo un carácter mezquino y triste, de una bajísima calidad política y humana. Entre paréntesis, diré que cuando ingresé en el partido todavía existía una cierta conllevancia entre el sector catalanista y aquellos líderes que no lo eran, aunque se disimulaba francamente mal. No regía todavía la monolítica y brutal omnipresencia ideológica de partido único que existe en la actualidad.

Hay que reconocer la tremenda habilidad que tuvieron los nacionalistas disfrazados de socialistas desarrollando aquella maquiavélica estrategia. Desterrando a Madrid elementos como Eduardo Martín Toval o Ernest Lluch, el campo quedaba expedito para que Raimon Obiols y su mano derecha, Jordi Font, amén de esa conjunción de catalanistas cristianos refractarios a la idea de España como Antoni Dalmau, tuvieran un margen de maniobra enorme. Uno se pregunta qué habría sucedido si la dirección socialista de Ferraz no hubiera cedido al chantaje catalanista de Obiols y los suyos, manteniendo una federación socialista propia adscrita al PSOE nacio-

nal en lugar de disolverla en un acto suicida. Posiblemente, la historia de España y la de Cataluña habrían sido muy distintas, máxime si tenemos en cuenta que la casi totalidad de dirigentes procedentes del PSOE catalán de entonces eran rabiosamente guerristas.

Cuando entré a militar en aquel PSC en los años ochenta, el partido ofrecía dos realidades claramente contrapuestas que nunca acabaron de unirse. Por un lado, estaban las bases, compuestas por dirigentes orgánicos territoriales, y especialmente por los votantes socialistas, que se mostraban desacomplejadamente catalanes y españoles, seguidores fieles de Felipe y de Alfonso, enemigos del pujolismo y de todo lo que sonara a nacionalismo y con una gigantesca capacidad de movilización electoral en los comicios generales; en paralelo, estaba la estructura del aparato del partido, dominada por un catalanismo acomplejado ante Pujol, que ninguneaba a los primeros y que recibía un escasísimo eco entre ese electorado cuando de elecciones autonómicas se trataba. Y el poco que tenía eran los posos que quedaban de quienes votaban la papeleta con el puño y la alcachofa, como decíamos en tono de broma, casi por inercia, por militancia, por oposición a lo que Convergencia representaba. A Obiols se le votaba por imperativo ideológico, que no por aprobación o simpatía. Otra cosa sucedería con Maragall, como ya examinaremos con calma.

A Obiols le incomodaba manifiestamente todo lo que sonara a España, singularmente a Alfonso Guerra y a PSOE, a quienes identificaba con la espanyolería más rancia. Lo pude comprobar personalmente a lo largo del tiempo en el que desempeñé diferentes responsabilidades

en el seno del aparato de sus propios labios. No deja de resultar, como poco, insólito que los que debía considerar como sus compañeros le resultasen más fastidiosos que Pujol al que, en teoría, se le podían atribuir todos los vicios y defectos de la derecha más dura. La división entre lo que el PSC representaba a nivel de calle, el PSOE de matriz inequívocamente española y antinacionalista, y lo que tenían en mente los dirigentes del PSC, era total e incluso abiertamente opuesta en concepción. España no entraba nunca en los discursos obiolistas, porque su interés se centraba única y exclusivamente en Cataluña. Pero, cuidado, no era por un criterio práctico, el que podían tener los socialistas andaluces o los gallegos, sino por una visión puramente nacional. Para la cúpula dirigente del socialismo catalán, su ámbito de actuación debía ser el catalán porque consideraban Cataluña como su patria, no diferenciándose en nada en ese punto de los nacionalistas convergentes.

Yo vivía por aquel entonces en el barcelonés barrio de Gracia, que siempre había sido un sólido feudo convergente, así como hoy lo es del separatismo más radical, *cupaire*, cohabitando en ese territorio con el PSUC más enfermizamente enemigo de la socialdemocracia. Los comunistas siempre digirieron muy mal que, con la llegada de la democracia, los votantes no los escogieran a ellos como partido mayoritario representante de la izquierda. Se indignaban proclamando a los cuatro vientos que ellos habían sido casi los únicos que habían combatido al franquismo como si no hubiera existido el movimiento anarquista, por citar un ejemplo. Ahora bien, en esa queja rabiosa existía un punto de razón histórica: mientras que el

comunismo tuvo un papel destacado en la lucha clandestina contra el franquismo, los socialistas, en especial los catalanes, tuvieron a lo largo de las cuatro décadas de dictadura un rol puramente anecdótico, mostrándose más activos solamente en las postrimerías del régimen. Dicho esto en aras de la precisión histórica, cabe señalar que el comunismo jamás ha podido asimilar que otras formaciones pudiesen disputarles su hegemonía en el terreno de la izquierda. Los resabios estalinistas, aún detectables en los herederos del PSUC, los neocomunistas de En Comú Podem y otras formaciones similares, son hartamente evidentes. Hablamos de estalinismo, y decimos bien, porque aunque en su momento aceptaron las tesis del eurocomunismo predicado por Berlinguer y Carrillo, sólo lo hicieron para disfrazar debajo de ellas el feroz estalinismo del que estaban y están formados. De hecho, el PSUC padeció algunas escisiones ya en democracia, como el PCC, Partit dels Comunistes de Catalunya, inspirado por Marià Pere, partido y político, por cierto, que gozaron siempre de las simpatías de Miquel Iceta, que se jactaba de ser un admirador de su ideología.

En aquel ambiente, estamos en 1982, con un PSOE instalado en La Moncloa gracias a la habilidad política de Guerra y, para qué negarlo, al carisma de Felipe, unidos al estrepitoso hundimiento de la UCD tras la súbita y poco explicada dimisión fulminante de Adolfo Suárez —tema que daría para todo un libro por lo poco que se ha explicado acerca de la misma y por la relevancia que tuvo, como se vio posteriormente—, amén del fallido golpe de Estado del 23-F, decidí ingresar en la única formación que parecía acomodarse a la idea que yo tenía de lo que

debía hacerse con España. Tengamos en cuenta que servidor provenía de la CNT, que no simpatizaba para nada con el nacionalismo ni con el comunismo —adlátere de Pujol también en no pocas cosas, como fue evidente en personalidades como el historiador Josep Benet o el escritor Ignasi Riera— y que a la central anarcosindicalista se le había pasado la oportunidad de hacer nada debido a su propia dinámica interna, y al empeño del resto de partidos que se esforzaron de manera total en hacerla desaparecer.

Al pisar por primera vez la agrupación graciense del PSC tuve una impresión confusa. Allí había una ejecutiva compuesta en su mayoría por personas que trabajaban en el Ayuntamiento, en la Diputación de Barcelona o en otros organismos, todos controlados por los socialistas, que formaban parte del *establishment* del partido pero que, en cambio, se mostraban casi como de extrema izquierda, perteneciendo muchos de ellos a la corriente crítica interna Esquerra Socialista. Eso es muy típico en mi tierra. Revolucionarios antisistema que viven cómodamente del mismo en puestos con sueldos holgados.

Debido a mi pasado anarquista, intentaron captarme con escaso éxito. Debían pensar que simpatizaría con su radicalidad impostada. No fue así. Las comilonas en restaurantes gallegos del barrio especialistas en mariscadas se me antojaban poco compatibles con su ardor revolucionario, amén de que sabía muy bien que era imposible hacer una revolución que ni el pueblo quería ni aquellos que tanto hablaban de ella sabrían dirigir. Vivían demasiado bien. Esa doble moral, tan burguesa por otra parte, casi me hizo abandonar el partido justo cuando apenas empezaba a militar.

Eso sí, viendo aquel panorama grotescamente tartufesco, me alejé rápidamente de lo que se denominaba piadosamente vida de partido, por entender que aquello era sólo un lugar hábil para chismorreos de barrio y un auténtico muro de lamentaciones al que acudir para solicitar cargos, prebendas o dádivas, cuando no para vomitar odios nacidos de las malditas vanidades insatisfechas o los egos no suficientemente colmados. A modo de ejemplo de esa vida de partido burguesa, hipócrita y nada socialista, recuerdo que, mientras un servidor estaba partiéndose la cara con unos comunistas por estar enganchando carteles en favor del sí a la OTAN, la ejecutiva de aquellos burguesitos de estómagos colmados y sueños húmedos revolucionarios cenaba opíparamente en el restaurante Sporting, conocido por las succulencias en mariscos y los excelentes manteles que ofrecía a los comensales. Cuando, casualmente, me los encontré esa misma noche por la calle Gran de Gràcia, ellos ahitos y con dispepsia ideológica, yo, con las gafas rotas, ellos oliendo a langostinos y centollas, habanos y miseria moral, yo, a sangre y sudor, les espeté mi opinión de manera tan directa —digamos que utilicé un uso liberal de ciertos adjetivos escatológicos— que rompí definitivamente los pocos lazos que todavía pudiera mantener con aquel grupito de pancistas, si es que llegué a mantener alguno.

Lo curioso era que, mientras que a Felipe y a Guerra se les trataba de manera condescendiente, cuando no despreciativa, a Obiols se le consideraba poco menos que como a Dios. Jordi Font, mano derecha de éste e ideólogo del obiolismo, y que acabó como muchos de ese grupo convertido al procesismo, decía que Obiols era como un

Garibaldi moderno. Madre de Dios. Y ése fue durante años y años el inspirador de la política cultural socialista en Cataluña, amén de eminencia gris del primer secretario. Como justificación de su postura, porque el nacionalismo siempre la precisa, en aquellos ambientes se me recordaba que, como anarquista, debía ser obiolista, puesto que el PSC defendía la autogestión y el principio de autodeterminación para Cataluña. Y era cierto, así figuraba en el carnet que te daban. Lo segundo me era indiferente, pero lo primero me atraía, claro.

Mis primeros escauceos dialécticos con aquellos revolucionarios de langostino abundante devorados en restaurante de campanillas a cargo del erario público fueron surrealistas. Y es que servidor tenía serias dudas, porque, si bien consideraba que entre toda la oferta política de entonces, la socialdemocracia parecía lo más útil como instrumento reformador, no entendía muy bien cómo podía compaginarse el aparente carácter izquierdista *radikalinsky* de Obiols con personas como Narcís Serra, al que calé desde el minuto cero como el más terrible y destructivo político que ha dado el socialismo español contemporáneo, o Pascual Maragall, que, si bien útil y resolutivo, jamás fue un hombre de izquierdas debido, quizá, a sus orígenes, a sus protectores durante el franquismo y a sus, por qué no decirlo, rasgos caracteriales tales como su corazón de tecnócrata o su ego desmesurado. La facción langostino-revolucionaria me argumentaba que aquello eran *collonades*, que había que utilizar a cierta clase de personas para alcanzar el poder y aceptarlas como un mal menor y pasajero, que todavía no era el momento de mostrar las cartas abiertamente, cosas que ya había escucha-

do no pocas veces en labios de aquellos compañeros de la CNT como excusa para no secundar una huelga o apoyar a trabajadores con serios problemas. Se trataba, una vez más, de las tantas veces esgrimidas «condiciones objetivas» que habitualmente se sacan de la manga quienes no tienen el menor interés en que cambie nada. La zona de confort, mucho antes de ser definida como concepto, ya existía en la pseudoizquierda ¡y de qué modo!

He de reconocer, a fuer de sincero y no pretendo otra cosa con esto que escribo, que personalmente le concedía a Obiols un valor añadido, un plus sobre aquellas gloriosas medianías, acaso por el aura de intelectual afrancesado del que se había sabido dotar. Tuve que tratarlo en vivo y en directo, como se dice, para darme cuenta del trampantojo que era, puesto que, siendo un hombre ciertamente culto y leído, tenía el gravísimo defecto de la pereza aparejado con el no menos feísimo pecado de mirar a sus compañeros de partido de extracción más humilde, y ya no digamos castellanoparlante, por encima del hombro. También me he de apresurar a dejar consignado que en lo que a mí respecta siempre me trató con una extrema cordialidad, mucha más de la habitual. Le hacía gracia mi origen anarquista, ideología que le causaba una profunda simpatía, como años después comprobé que les sucedía también a no pocos dirigentes separatistas como Carod-Rovira o el mismísimo Quim Torra. Son misterios de la ciencia. Baste decir que en aquel tiempo su persona todavía ejercía sobre mí una cierta capacidad de sugestión.

No era comparable, ni mucho menos, a la que experimentaban numerosas compañeras, que veían en él poco menos que una mezcla de Robert Redford, Paul Newman

y Bakunin. Aquella fascinación que sentían podía compararse con la que, dentro del PSOE, muchas compañeras tenían por Felipe, pero siempre creí que las que miraban a Raimon con, en expresión de mi santa madre, ojitos de cordero *degollao*, vivían su, digamos, pasión con mucha más intensidad.

Admiraciones aparte, fue entonces cuando, intentando trascender esa vida de partido pueblerina que poco o nada me interesaba, empecé a frecuentar otros ámbitos del partido, buscando aquello que me había movido a ingresar en las filas del PSC. Debo aclarar que siempre he sido muy poco o nada gregario, con lo que meterme en una organización reglada, jerarquizada y, además, política, no fue fácil para mí y supongo que tampoco para quienes se empeñaban en darme consignas como desayuno diario. Aun así, consciente del esfuerzo, con sus aciertos y sus errores, de modernización de España que se llevaba a cabo desde el Gobierno socialista, me negué a creer que todo se redujera a ver quién era designado concejal de distrito o quién conspiraba para ser secretario de sectoriales en aquella agrupación de Gracia, que bien podía ser considerada un islote en medio de un océano convergente repleto de pirañas que, día sí y día también, pintaban las persianas metálicas de nuestro local de la calle Pere Serafi con insultos tales como *botifler* y *Marxeu de Catalunya*, que el escrache a los que no comulgaban con los postulados convergentes no es nuevo. Porque hay que decir, en honor a la verdad, que, desde el discurso mussoliniano de Pujol asomado al balcón de la Generalitat a propósito de la querrela de Banca Catalana, los ataques contra los socialistas se recrudecieron, llegando a la agresión física,

por ejemplo, en la persona de Joan Reventós, por entonces presidente del partido, a la entrada del Parlament, o a colgarle chorizos en la puerta de su casa a Lluís Armet, destacado dirigente socialista que, para más inri, procedía del PSAN. Es evidente que los nacionalseparatistas no han tolerado a nada ni a nadie que no fuera de los suyos, que no hubiese jurado fidelidad a Pujol, que no hubiese hincado la rodilla ante el altar del imaginario nacionalseparatista. Tampoco le valió a Armet, aunque fuese tanto o más separatista que ellos. En su favor, diré que en lo moral y en lo humano, les sacaba años luz de distancia, porque era un hombre bueno, en el sentido machadiano del término.

Por la recomendación de un buen amigo, empecé a pasearme por la Federación de Barcelona del PSC, donde se decía que el clima era muy distinto de las conspiraciones torrezneras de las agrupaciones locales. Allí fue donde conocí al que durante muchos años fue su primer secretario, Antonio Santiburcio. Santi, como le llamábamos coloquialmente —otros lo apodaban despectivamente como Santi Pollas— era un hombre hecho a sí mismo, de clase obrera, nacido en Jaén, diputado en el Parlament, amigo personal de Alfonso Guerra y total y absolutamente ninguneado por los hermanos Maragall, que cortaban el bacalao en el Ayuntamiento. Ni que decir tiene que Obiols tampoco le prestaba jamás la menor atención, a pesar de que Santi era el dirigente socialista de la capital catalana.

De extracción humildísima, como ya he dicho, Santi se había costeadado los estudios universitarios a base de trabajar manchándose de grasa las manos y eso, que a mis ojos constituía un mérito enorme —soy hijo de camarero, y a

mucha honra—, parecía hacerlo poco digno de aprecio entre las vacas sagradas de aquel local sito en la calle Pau Claris de Barcelona. Allí paseaban sus doctos saberes impregnados de catalanismo presuntamente izquierdista personajes como Isidre Molas, ante quienes Santi, con un complejo de inferioridad que a mí me indignaba, intentaba hablar en un catalán balbuceante, como si tuviese que pedir perdón por algo que ni él mismo sabía.

Molas era catedrático, había publicado libros con un cierto éxito entre los círculos universitarios y buenamente se creía una enciclopedia ambulante de socialismo. Sus propuestas políticas tenían más que ver con los debates ideológicos de aire netamente bizantino que con la realidad. Santi se sintió siempre, lo sé, con ese punto de amargura terrible que produce verte ninguneado por tus propios compañeros. Una vez, en la confidencialidad de su despacho, cuando ya no había nadie en el local de la Federación, me preguntó angustiado qué coño teníamos que hacer para que nos considerasen catalanes de primera. Recuerdo perfectamente que le respondí que no aceptara tales calificaciones, porque desde el momento en que juegas ese partido, lo tienes perdido. No hay ciudadanos de primera ni de segunda, y no discutir la previa es terrible. Niega la mayor, le dije con cierta rudeza. Me parece que siempre supo que yo tenía razón.

Por diversas circunstancias, al cabo de unos meses, tuve que desempeñar el puesto de jefe de prensa de la Juventud Socialista barcelonesa, de la que su máximo dirigente era el hoy conocido historiador Joaquim Coll. Eran un grupo de chavales bienintencionados, entre los cuales, por cierto, se encontraba el hoy mundialmente aclamado

y conocido realizador de películas de animación Salvador Simó. Su inocencia en política me hacía sonreír amablemente. Coll propuso, por poner un ejemplo, emprender una acción en contra del consulado de Estados Unidos a propósito de la campaña de la OTAN. A mí se me ocurrió una *boutade* que solté sin el menor viso de seriedad, por decir algo: Coll debía disfrazarse de Don Quijote e intentar, junto con otros militantes, ocupar el consulado. Pues bien, aquello que dejé ir como una broma, lo aceptaron con júbilo. Qué chicos. Lógicamente, los disuadí y tal cosa no se llevó a cabo.

Debido a esos quehaceres iba mucho por aquel piso en el que poco o nada se decidía, puesto que el consistorio barcelonés se regía por los criterios, por no llamarlos caprichos, de Maragall, que jamás admitió la menor intromisión de un partido que le parecía inculto y poco moderno. El mismo desprecio clasista sentía Obiols, que nunca tuvo en mucho a aquellas gentes, y ahora, reflexionando, entiendo que aquel prejuicio, porque no era otra cosa, se fundamentaba en su procedencia de otros lugares que no eran Cataluña, por su lengua materna que era el español, por su pertenencia a una clase, la obrera, que no era ni la de Obiols ni la de Maragall, hijos ambos de la burguesía barcelonesa ilustre. Era algo más que una diferencia política, era trazar una raya invisible, pero muy real, entre los suyos y los otros. Poco o nada tenía de izquierdas aquello y, si me apuran, de democrático. Si quiero consignarlo aquí es para demostrar al lector que las dos Cataluñas que vemos en la actualidad siempre existieron, de manera más o menos subterránea, incluso entre quienes decían estar en contra de esa división tan falsa como totalitaria.

Al menos Pujol fue lo suficientemente inteligente como para utilizar a los castellanohablantes, comprando sus voluntades a la par que sus almas, mediante la ingeniosa creación de una red de oficinas de Bienestar Social, oportunamente instaladas en los barrios más depauperados en los que se votaba socialista de manera unánime, poblados por gentes de habla castellana y de comportamiento refractario hacia todo lo que fuese nacionalismo catalán. El responsable de aquella maniobra clientelista a escala gigantesca fue el por entonces conseller de Asuntos Sociales Antoni Comas, que supo ejecutar a la perfección aquella maniobra estilo Caballo de Troya, ganando para la causa pujolista a miles de personas que no habrían sido votantes convergentes de otro modo. Añadamos que, si los socialistas se hubiesen interesado de la misma manera por aquellos votantes naturales suyos, otro gallo hubiera cantado, pero ya hemos dicho que la dirección del PSC estaba más atenta a cosas como el federalismo que a la realidad social catalana.

A pesar del éxito de su penetración en feudos netamente de izquierdas y con un marcadísimo carácter español, y hablar aquí de asuntos como las casas regionales o la Feria de Abril excede el propósito de este libro, digamos que todo le fue bien a Pujol hasta que se le fue la mano en aquel festival organizado por un popular radiofonista en el que, al hablar en medio de una actuación de Los Chunguitos, dijo aquello de «Yo a estos señores los escucho en la radio del coche». Incluso el manipulador más hábil comete alguna que otra metedura de pata, porque nadie que hubiese leído lo que el patriarca del nacionalismo escribió acerca del hombre andaluz, al que consi-

deraba como alguien desestructurado y poco hecho, podía creerse tamaña trola.

Simultaneando la ocupación temporal de jefe de prensa de la JSC de Barcelona con mi trabajo en la Dirección de Servicios de Centros Cívicos, trabé conocimiento con una persona que había de marcar al PSC de manera indeleble: Miquel Iceta. He de reconocerlo públicamente sin el menor reparo: entonces y ahora me sigue pareciendo la mente más brillante que ha dado el socialismo catalán. También la más peligrosa, porque Iceta siempre se ha movido por filias y por fobias, por intereses personales, por cosas que poco o nada tienen que ver con eso que entendemos como la izquierda. Es hora de decirlo, Miquel Iceta no tiene ninguna ideología que no sea la de perpetuar su poder personal y el de los suyos, el de sus amigos, el de sus protegidos. La red que ha sabido urdir a lo largo de los años es tan sólida y tan potente que puede permitirse chantajear a Sánchez y a quien sea. Repito, es un hombre inteligentísimo, audaz, brillante en la oratoria y en la argumentación, implacable en el debate y tan indulgente y generoso con su gente como duro e implacable enemigo para los demás.

De ahí que su complicidad con el proceso sea mucho más peligrosa que si proviniera simplemente de una convicción personal. Iceta está a favor del proceso, a favor de los indultos, a favor del referéndum o a favor de la inmersión porque le conviene, y nada más. Si mañana le conviniere otra cosa, como ya se ha visto recientemente, actuaría en sentido contrario sin el menor problema ni cargo de conciencia, porque es un Fouché perfecto, letal. Sólo conozco una causa a la que ha sido leal con toda su since-

ridad, la de la defensa de los derechos del colectivo homosexual. Es una defensa que comparto total y absolutamente. Ahí siempre ha mostrado una contundencia coherente que ojalá hubiera mantenido en otros aspectos de la vida política.

Iceta era entonces, a diferencia de mí mismo, un acérrimo antiobiolista. En la tertulia que mantenía a diario en el Bar Roberto, sito en la confluencia de las calles Diputación e Independencia, justo a mitad de camino entre la sede de la Juventud Socialista de Cataluña y la Federación del PSC de Barcelona, vomitaba a diario su animadversión respecto al primer secretario del PSC, al que consideraba egoísta, inútil, divo y pagado de sí mismo. Son palabras tuyas que me limito a reproducir. Miquel ocupaba el cargo de adjunto al todopoderoso secretario de organización Josep Maria Sala, al que podemos decir que veneraba. Ésa es otra, y no hay más, de las fidelidades políticas que se le conocen, y debo decir, en honor a la verdad, que si bien las actuaciones políticas de Sala pudieran ser desastrosas, su calidad humana y su trágico destino merecen toda mi consideración, respeto y cariño.

Recordemos que ingresó en la cárcel por el célebre asunto Filesa, del cual, me consta, no obtuvo lucro personal alguno, siendo simplemente un cabeza de turco que arrojaron a los leones judiciales y mediáticos unos y otros, incluyendo a los mismos socialistas. Lo viví muy de cerca por ser amigo del abogado de Filesa y doy constancia de esto que escribo. Estando éste asediado por las llamadas de los periodistas, con su esposa enferma, se puso en contacto conmigo, preso de la desesperación. Nadie del partido le había llamado, nadie le había mostrado su solidari-

dad. Yo se lo dije a Miquel y a Sala, y éstos no perdieron ni un segundo en hacerle llegar a aquel hombre que tan turbado estaba todo el apoyo del mundo. Sala fue, finalmente, condenado a ir a la cárcel siendo despedido por todo el Parlament del que era miembro con la convicción de que era un inocente al que las circunstancias —y una instrucción judicial discutible, porque sobre su señoría Marino Barbero y todo lo que rodeó aquel asunto se podría hablar largo y tendido— habían condenado a pagar los platos rotos por las torpezas, la estupidez, la arrogancia y la malicia de otros. Ni Sala se compró viviendas, ni abrigos de pieles, ni ingresó cantidades millonarias en su cuenta, porque era y es, básica y fundamentalmente, honrado a carta cabal, dispuesto a todo por defender a su partido, de una fe a prueba de bombas en el socialismo y con una candidez que le impedía cambiar de abogado cuando todos le aconsejábamos que lo hiciera al ver que aquello no iba como debía. Finalmente accedió, pero ya era tarde. Siempre he defendido que Sala pagó muy caro haber denunciado en sede parlamentaria los manejos convergentes con las loterías de la Generalitat con nombres y apellidos. De hecho, recibió amenazas de muerte y, refunfuñando, tuvo que aceptar ir escoltado por la calle. Ahí lo dejo.

Pero en aquellas fechas —hablamos de finales de 1985— Filesa quedaba muy lejos y era totalmente impensable. La coexistencia más o menos pacífica de un sector claramente español y otro resueltamente de matriz nacionalseparatista en el seno del PSC se mantenía con una cierta, digamos, conllevancia, una cohabitación *avant la lettre* que provocaba de vez en cuando algún que otro disgusto, que Sala e Iceta debían solventar, pero sin que lle-

gase la sangre al río. Los contertulios de este último, jóvenes como él y llenos de ambiciones políticas, frivolizaban alegremente acerca de la actualidad, de la vida de partido, de sus futuras ambiciones. Eran los que se autodenominaban *Young Lions*, la siguiente generación que había de suplantar a los Obiols y Maragalls, los que tenían que conducir al partido hasta sus máximas cotas de poder.

Eran tiempos amables en los que Iceta venía a mi casa a comer, en los que salíamos a tomar copas y a bailar —lo del baile no es cosa de ahora en Miquel— junto con otros compañeros, tiempos en los que, lo que son las cosas, Iceta me ayudó a descargar un piano en el centro cívico de las Cotxeres de Sants al no haber nadie más para echarme una mano. Digo esto porque no me consta que haya vuelto a hacer algo semejante. Yo le admiraba, puesto que sabía reconocer en su persona a alguien dotado de un finísimo olfato político, con una capacidad de análisis brutal y una disposición natural para la táctica política inigualable. Hablábamos de política, claro, y me sorprendió su visión de lo que debía ser el partido, muy alejada del nacionalismo obiologista, así como sus tesis acerca de una Cataluña federada con una España dividida en otras repúblicas, tesis anarquista que no me parecía mal como planteamiento teórico, aunque sabía que aquello era imposible y peligrosísimo. Recuerdo que en cierta ocasión en la que yo debía acudir en representación del PSC a un debate al que nadie quería ir porque participaban desde la Crida de Colom hasta el MCC, Miquel, medio en broma medio en serio, me dijo que no fuese más revolucionario que los otros, porque a mí me salía el anarquista a la primera de cambio. Cuando regresé, me preguntó cómo ha-

bía ido y le dije que todo bien, excepto cuando se habló de Cataluña, porque yo les llamé a todos convergentes al ser unánimes en la independencia. Me dijo con esa cara de fingido asombro que sabe poner tan bien que si yo no estaba por esa labor y le respondí que en modo alguno, porque la primera condición que debe tener cualquier persona, ya no de izquierdas, sino simplemente liberal y de formación humanística, era rechazar el concepto de nación como axioma político. Me acuerdo perfectamente de lo que me contestó, mirándome fijamente a los ojos, transmutando su expresión simpática por la de un gesto y una mirada acerados: «Qué lástima, nunca podré fiarme de ti, porque tienes criterio propio». Entonces lo tomé como un cumplido, pero la vida me ha demostrado que esa característica es lo que le hace a uno inaceptable para cualquier partido. Y, efectivamente, Iceta jamás se fio de mí ni me aceptó como a uno de los suyos, a pesar de demostrarme siempre afecto y cariño durante los años en los que milité en el PSC.

Iceta era ácido, divertido, cínico, lenguaraz y con un sentido del humor contra el que no podías resistirte. Lo recuerdo despotricando contra la ejecutiva nacional —porque en el PSC era y es hoy día nacional en el sentido catalanista del término— y contra éste y contra aquél a las tantas de la madrugada, comprando libros en la ya desaparecida librería del Drugstore de Paseo de Gracia, alternando sus venablos cargados de veneno contra Obiols con ilustradísimos comentarios acerca del libro de *Dirty Realism* que acababa de comprarme como regalo.

Fue en una de esas noches de copas y risas, porque, no me cansaré de decirlo, Iceta posee un sentido del humor

notable, lo que siempre es signo de inteligencia, cuando me preguntó, a bocajarro, si quería trabajar en el aparato del partido. Tuve que pedirle que me repitiera la oferta porque entre que el volumen de la discoteca en la que estábamos era infernal y que no podía creerme lo que me decía, mi duda era enorme. Me explicó los motivos de manera clara y rápida, yendo directamente al grano. Se acercaba el referéndum de la OTAN y el departamento de seguimiento y análisis político dependiente del comité de campaña del PSC no había funcionado en los últimos comicios.

Ferraz se había quejado oficialmente a Obiols, lo que, traducido, quería decir que Alfonso Guerra le había dado un rapapolvo solemne a Raimon, lo que debía haberle provocado al último poco menos que un ataque de ira jupiterina. Por lo tanto, había que organizar todo un operativo que informase a diario, tanto a la ejecutiva del PSC como a Alfonso Guerra, de los actos que se celebraban en campaña, tanto los propios como los de las otras formaciones, del contenido de los discursos, de las modulaciones de éstos, del número de asistentes, en fin, debían elaborarse ficheros diarios de todo lo que pasaba en los mítines, tanto propios como de otros partidos, un trabajo de campo abrumador que requería disponer de un enorme número de colaboradores, así como de un análisis frío que evaluara cómo iban funcionando las cosas. La coordinación de ese departamento era básica, me dijo, aunque, en el fondo, de lo que se trataba no era tanto saber cómo iban las cosas, sino de que en Madrid se dieran por satisfechos y no volvieran a reñir al primer secretario. Alzó las cejas, dio un sorbito a su Ballantine's con Coca-Cola, encendió un Marlboro y, dando por supuesto que yo había

tenido tiempo más que suficiente para meditar aquello, me preguntó *I què farem, rei de la casa, vols o no vols?*, «¿Qué haremos, rey de la casa, quieres o no quieres?». Años después me sigo preguntando por qué propuso algo semejante a quien era prácticamente un desconocido en la organización, un recién llegado, una persona sin más avales que ella misma. Imagino que si me dijo eso fue porque ya conocía mi experiencia en el terreno de la información, o quizá porque lo que necesitaba era una persona de acción, lo que debía considerar asegurado con mi pasado anarquista. No lo sé. Nunca se lo he preguntado.

No tuve que pensármelo mucho. Empezaba a estar desengañado de las lánguidas proclamas de Obiols, de su tibieza ante la derecha convergente, del falso modernismo de Maragall. Y le dije que sí, por lo que de arriesgado tenía la propuesta y por la posibilidad de llevar a cabo un trabajo práctico, útil, algo sólido que no tuviera nada que ver con las disquisiciones filosóficas y plúmbeas tan habituales en el partido. Así que, desde aquel momento, pasé a formar parte del personal del aparato del partido, adscrito a la secretaría de organización, y encargado de aquella tarea que se me antojaba tan apasionante como abrumadora.

Acostumbrado al anarquismo, que siempre se ha jactado de una organización flexible y autónoma, lo que en la práctica significaba carecer totalmente de ella, la primera vez que pisé la sede del PSC quedé impresionado, a qué negarlo. Las oficinas daban una impresión de actividad constante, la gente iba y venía con carpetas de manera diligente, las reuniones se sucedían unas a otras, en fin, todo parecía indicar que aquélla era una máquina muy

bien engrasada e inteligentemente dirigida. Mis dotes como profeta nunca han sido notables, evidentemente. Aquel decorado al estilo de «Bienvenido, Mr. Marshall», destinado a impresionar a bobos como yo, pronto reveló su auténtica naturaleza.

Lo que pude vivir entre aquellas paredes dará al lector una exacta y justa medida de lo que fue y de lo que es aquel partido. Precisamente eso, un puro espejismo hábilmente urdido. Pero, en tanto que espejismo, una ilusión.